

Jorge Ibáñez

## Por el Sur cantan los esteros

JORGE IBÁÑEZ irrumpe al panorama nuevo de nuestra literatura con los mejores augurios. Nacido en Linares, en diciembre de 1926, saturado con el paisaje, con el alma entera del Sur, trae en su delicado temperamento un don expresivo que no es tan fácil encontrar por estos días, horas improvisadas y minutos de audacia desnuda. El cuento que ahora publica «Atenea» puede rubricar al aire libre nuestras afirmaciones; él integra un breve, pero bello libro *Entre sueño y destino*, que Jorge Ibáñez publicará en un futuro cercano y que será la plena confirmación de una conciencia abierta a los más puros dominios del espíritu.—VÍCTOR CASTRO.



**H**ARTO curioso que es el hombre. ¿A quién se le iba a ocurrir hacer una chacra en medio de la pampa! ¿Y las sandillitas cuándo empiezan a madurar, pues amigo, que ya se me está haciendo agua la boca?

—En un tiempito más, si Dios quiere, pues don Brewe, así que no se apure tanto. Guarde las ganas no más.

Era su respuesta habitual a las preguntas timbradas con un aire bromista del otro, y, sin desearlo siquiera, la visión de su terruño llegaba nítida a su mente, los faldeos de la casa de sus padres, las mañanas olorosas a poleo, a monte, a tierra húmeda. Y también otras palabras, palabras dichas en su tierra, le sonaban familiares en sus oídos, sin ironía ni malicia: «Algún huaso le gritaba desde el camino, con su caballo a medio tranco:

—Qué hay, on Nica. ¿Cuándo partimos pa Parral?

—Es que hay muy pocazos melones p'agarrar, tuavía. El otro sábado a ver si se puede...

—Güeno, pues, on Nica, échese una arrancaíta p'allá pa onde nosotros, antes d'irse. La Juana quiere hacerle unos encarguitos.

—Como no, on Silva, pero no se vaiga tan ligerazo, pue'ño, ante le busco unas sandillitas. Las tuyas se las vi muy chiquichichas lo'otros días. Recién tan cayendo no más.

Luego miraba hacia atrás, en el tiempo, hacia los ocho años que ya llevaba mortificándose en la pampa, con esa nostalgia que, lejos de desaparecer con los días, se fué haciendo crónica enfermedad. Si le sedujeron, al principio, todas aquellas cosas que decían encerraba la palabra «camarada» o «compañero»; si le dieron libros y aprendió cosas ignoradas o totalmente nuevas para él, siguió viendo podredumbre, maldad, actitudes bajas, mezquinas, hasta creer que la injusticia era otro de los elementos de la pampa, tal como el sol, la sole-

dad, el silencio. Había soportado el trabajo de las calieheras, con el sol guaraqueándole las espaldas, seco y pardo, duro y lleno de pequeñísimos cristales brillantes, como agujillas de odio. Cuando usaba la picota o la barreta, pensaba en el surco fresco del arado, y muchas veces creyó ver bajo sus pies el agua corriendo jubilosa. Un desgarrado grito de alegría le despertaba, entonces, asustándole, para mostrarle la evidencia de los duros costrones de caliche. Y siempre la pampa con su preñez de sal y distancia.

Ya hacía dos años que era cuidador en el pique de la Prat, una de las varias oficinas paralizadas en el interior de Antofagasta. El pique se elevaba a una cuadra, más o menos, de las últimas habitaciones obreras, sobre una pequeña loma originada por la misma tierra que se extrajo en su construcción. Además de cuidar, debía mantener la bomba en buen estado, para la extracción del agua, cuando necesitaran en Cecilia. El cuidado del resto de la oficina correspondía a don Brewe, un escocés de cincuenta y tantos años que, a no ser por sus ojos de un entreverdeazul desleído, se le hubiera confundido con un pampino nato. Tenía treinta años en las salitreras y, sin que Nicasio se lo explicara sólo tenía el puesto de «sereno», siendo como era, un gringo. Llegado muy joven a Antofagasta, aun entonaba canciones marineras cuando recorría las callejuelas solitarias de la oficina. Pasaba feliz en la pampa y pensaba morir en ella. Como eran los dos únicos habitantes de la Prat, amistaron a pesar de sus na-

turales divergencias. Nicasio vivía con el pensamiento puesto en el Sur, embelleciéndolo con el recuerdo y el amargo contraste de aquella tierra muerta. Por eso, cuando sus conversaciones salían del ambiente salitrero, se tornaban unilaterales. Nicasio hablaba del campo, de los riachos cristalinos, y el escocés, de la pampa, del mar y de otras cosas vagas, sin apasionamiento ninguno.

En cambio, más de alguna vez, cuando en los atardeceres pasaba don Brewé por el pique, a charlar un rato, oyó de labios de Nicasio cosas como éstas:

—Usted no sabe, don Brewé, qué cosa es el Sur, qué contento más grande se siente cuando se está tendido en el pasto, a la sombra de cualquier árbol; tener los pies metidos en el barro, cuando uno está regando; bañarse en los estercos... Uno vive en otro mundo, don Brewé. La pampa parece castigo de Dios... Ya tendré que llegar allá. Es la única parte donde un cristiano como yo puede vivir feliz...

El escocés fumaba calladamente su pipa oscurecida por el uso y había un largo silencio.

• • •

La idea entusiasmó a Nicasio y sintió una íntima felicidad con el solo pensamiento de llevarla a la realidad.

En la plazoleta de Pampa Unión, entre dos o tres pimientos, crecían algunas matas de maíz. En uno de

sus viajes, cuando la necesidad biológica le empujaba hasta una de esas calles del amor comprado, en esta ciudad que también empezaba a despoblarse, estuvo mirándolas largo rato. Al acercar su rostro atezado para oler sus hojas verdes y luego que las hubo tactado suavemente, temeroso de causarles daño, despertó en él la alegría del descubrimiento con inusitada intensidad. ¿Por qué no poder sembrar cinco plantitas así, diez, veinte, cuarenta, y no sólo maíces; también melones, sandías, zapallos, porotos...? Tenía agua. La misma cantidad que sirvió para varios cientos de personas, antes que pararan las máquinas de la oficina. Eso era lo esencial. La tierra se podría arreglar con paciencia.

Y la pequeña planicie fué transformándose hacia el lado del pequeño pueblerío abandonado. Pocas veces un hombre habrá trabajado con tanta fe y esperanza como lo hizo Nicasio, para convertir la composición salitrosa de esta tierra y hacer florecer en ella la vida vegetal. Infinitos riegos primero; luego un desmenuzamiento de los costrones endurecidos; después los viajes a los basurales de la oficina donde había tierra buena, resultado de la calcinación de papeles, trapos, desperdicios, para traerla en sacos y esparcirla de abono. También de los corrales, cerca de donde beneficiaron animales para consumo de la población, trajo guano que mezcló en la superficie elegida.

Y llegó el día. Por la cordillera, los nevados empezaban a aureolarse con la luz del sol, que ya anunciaba su proximidad. De la tierra abonada se despreu-

día un rudo olor de hembra en disposición de entrega y el aire parecía vibrar con una potencia vitalizadora. Nicasio aspiró con fruición y pequeñas arenillas de entusiasmo le fueron circulando por sus músculos, en la sangre, en todo el cuerpo. En una de sus manos llevaba la bolsita negra de las semillas, presagio de su futura felicidad.

Miró las casitas de los obreros, semejantes, con sus mismas techumbres de calamina, la misma pintura y con igual gesto de tristeza. Así, deshabitadas, fueron las primeras en salirle al encuentro. Más lejos divisó la casa de máquinas y cerca, la clásica chimenea de las oficinas salitreras, como un largo índice solitario apuntando al cielo. Al otro lado estaban los ripios con su mole silenciosa.

De rodillas a la tierra empezó la más honda plegaria de su vida: cada semilla que dejaba bajo el suelo era una cuenta que pasaba en su rosario de ilusiones. Sembraba con unción, lleno del cuidado de quien prepara un nacimiento. Un tiro que reventó en Cecilia, dejando su estampido suelto en el tremendo ámbito de la pampa, trajo su vibración a los oídos de Nicasio como una carcajada de sarcasmo. Se detuvo. Escuchó: nada. Pero le pareció indudable que unos ojos invisibles, odiosos, le miraban hacer; que la pampa misma había contenido su palpitar misterioso, para observarlo. Y su faena se hizo más rápida, febril, hasta sembrar la última semilla. Cuando terminó, algunas gotitas de sudor le rociaban el rostro oscuro; un adormecimiento

le recorría el cuerpo mientras miraba la distancia inmedible y una sonrisa de dulce satisfacción le blanqueó su cara retostada. A todos lados los lomajes parduscos, romos y costrosos, seguían imperturbables. Algunas oleadas de viento le refrescaron y mucha de su angustia debió quedar prendida en sus lengüetas invisibles, porque en el pecho tuvo, después, una clara sensación de alivio.

Pasaron algunos días y la tierra tenía su misma apariencia, sin un atisbo de vida, y la duda, pequeña al comienzo, fué intranquilizándole. No pensaba que la tierra impidiera la germinación de las semillas. El sol le daba un poco de cuidado, era cierto, pero no temía. Sólo las semillas... las semillas. Casi todas se las había traído Miguel Chiang, el chino que hacía los viajes desde Pampa Unión a todas las oficinas salitreras cercanas, vendiendo sus charcuterías. ¿Cómo saber si eran nuevas o viejas? ¿Si germinarían o no? ¿Escarbar la tierra para cerciorarse? ¡No! Ya asomarían mañana. No podría ser de otro modo.

Y los cotiledones aparecieron sobre la superficie negra del suelo. Pronto el maíz elevó sus hojas verdes y lustrosas, enredando caprichosamente los zarcillos de los porotos; los zapallos ramificaron sus brazos de hojas grandotas y reposadas cubriendo de verde el suelo, que era como llenar de campo el mismo corazón de Nicasio. El huertecito pareció así, al poco tiempo, un pedacito de Sur asustado en medio de la hosquedad abrumadora de la pampa.

Cuando el sol, a la hora de la siesta, marchitaba las plantas, dejándolas lacias, en un agónico desmayo, el agudo estilete de la inquietud e incertidumbre penetraba en la pequeña dicha de Nicasio. Para protegerlas clavó estacas, puso sábanas y ropas sobre ellas, a fin de hacerles sombra. De la plaza de la oficina llevó llamas secas de los pimientos, que un día dieron sus pequeños frutos sonrosados en infinitos racimos y que ahora mostraban sus esqueletos desnudos al lado del kiosco de los músicos. Todos los días sucedía lo mismo, hasta cuando el sol empezaba a alejarse del huertecito y venía a suplantarlo la brisa del atardecer, con su fresco aliento resucitante. Las matas tomaban de nuevo su altivez y en todas había un tremolar de hojas que semejaba al frufnú de las enaguas campesinas.

Los porotos florecieron y las pintas azulrosadas de sus pétalos se mezclaron con lo amarillo de las grandes flores tubulares de los zapallos, los maíces ya dejaban ver los palillos rubios de sus muñecas y, arrastrándose, empezaban a amarillear también las florcitas de las sandías.

A parejas crecían las plantas con la felicidad de Nicasio. Las bellas canciones camperas, que sólo había recordado mentalmente, hasta entonces, volvieron a sus labios llenas de melodía; el silbo ágil, que le brotara fresco y flúido, allá en su tierra de Catenton, entre los altibajos de los chiuchaus de las diucas, vino a renacer de entre los labios reseco. Hasta el gesto

melancólico y cabizbajo que le pusiera la pampa sobre el rostro, fué desapareciendo.

• • •

La tarde traía su frescor de bienaventuranza. Era la hora en que don Brewe recorría las últimas callejas de la pequeña ciudad despoblada, con su fusil al hombro y la obscura pipa metida entre los dientes. El cielo empezaba su gradual descoloramiento.

Bordeando los ripios, ese tremendo cerro artificial que se va formando en todas las oficinas salitreras con la tierra utilizada en la obtención del nitrato, se acercaba Miguel Chiang, el chino amigo de los dos hombres de la Prat. Cada quince días llegaba en la misma forma desde Pampa Unión, llevando de tiro a su caballo de aspecto viejo, cargado con los capachos llenos de chunchules, patefuá, arrollados y otras cosas que pasaba a mercar en la Prat, la Pinto, Anita, Cecilia. Era quien traía noticias de las otras oficinas, los rumores de nuevos paros, de conflictos obreros. Llegaba a esa hora con el fin de pasar la noche en la Prat y dirigirse de madrugada a Cecilia. El chino era siempre bien acogido, porque significaba una noche de buena comida y conversación hasta tarde, en la casa del escocés, cerca de donde se arreglaba Miguel Chiang.

Ahora el chino venía murmurando palabras incomprensibles y daba cada cierto tiempo sorpresivas tiradas al bozal de la bestia, que movía continuamente las

orejas con visible intranquilidad. A todas vistas el oriental estaba malhumorado. El caballo de ahora no era el mismo mulato, viejo y huesoso que traía siempre. Negro, no tan flaco como el otro, este parecía, también, más joven por sus movimientos.

En pocos minutos estuvieron frente a la lomita del pique. Miguel Chiang, con su voz suave por la profusión de eles involuntarias que le asomaban a los labios, gritó desde la orilla:

—¡Don Nicasio!— Y esperó un rato para repetir:

—¡Don Nicasio!

—¡Don Nicasio! ¿Que no quele vel a su amigo Miguel?

Como no obtuvo respuesta, siguió el camino en dirección a la oficina.

Entre tanto, Nicasio había bajado al pique para limpiar y revisar el buen estado de la bomba, operación que hacía casi todas las semanas.

Una vez en la superficie, comenzó a limpiar sus manos del aceite con una buena cantidad de busipe; luego pasó una de ellas por la frente secándose la transpiración. Empezaba a desabotonarse la camisa para ir a tomar el aire refrescado de fuera, cuando su corazón aceleró terriblemente sus palpitaciones, tornándose veloces y desbocadas. Corrió hacia la puerta y quedó detenido en el umbral en una pose de instantánea: Había oído el relincho más raro de su vida, lleno de salvajismo y liberación, y con algo de humano significado. El caballo de Miguel Chiang estaba en medio de las

plantas, tendido igual a esos perrillos falderos, cuando se revuelcan en los prados. En un momento sus extremidades quedaban grotescamente dirigidas al cielo; caían y tornaban de nuevo en su intento de equilibrio, mientras el cuerpo se movía convulsionado. En el hocico tenía atravesadas algunas hojas de maíz, que trituraba con avidez.

Muy pocas plantas se erguían como antes. Sólo en las orillas aun cimbraban sus tallos tiernos algunos maíces, como últimas banderas sobre los despejos de los demás vegetales abatidos.

El animal al presentir la figura del hombre, se alzó sacudiéndose fuertemente. La tierra caía de su cuerpo con un ruido de lluvia sobre las plantas destrozadas.

Un nuevo relincho, como exhalación mitológica en que se mezclara la más recóndita desesperación humana, horadó de nuevo el silencio de la pampa. En seguida la bestia se mantuvo inmóvil; el viento le doblaba levemente las crines, los ijares y el belfo agitados por temblor apenas perceptible. Tenía en sus ojos brillantes y dilatados una vaga expresión de goce.

Nicasio avanzó con lentitud. Una extraña conjunción de sanciones confundía sus ideas. Había sentido crujir las plantitas pisoteadas por el animal en una especie de quejido. Ahora, otra vez, bajo sus pies, a cada paso suyo, había un quebramiento y nuevos adioses doloridos se desprendían del suelo. Y sintió el peso de la soledad, el peso de la pampa entera sobre él, a su

lado, llenando todos los vacíos y porfiando por irrum-  
pir en esos pocos metros que habían constituido su  
mundo diferente. Sin embargo, no experimentaba odio  
contra nadie. Una sola palabra repicaba a esperanza  
en su cerebro: ¡hermano. . . hermano. . .! Y sus brazos  
se extendieron para abrazar a ese otro ser que hasta en  
su interior de irracional llevaba su misma nostalgia.  
Abrazarlo para mecerle las crines sucias y llorar juntos  
su desesperación sobre las plantas. Había entre ellos  
una identificación humana por el mismo sentimiento.

El bruto le vió acercarse y, moviendo sus orejas  
avisoras, dió una tarascada a las plantas cercanas, para  
bajar despaciosamente al lado en que la pampa partía  
con su terrible vientre pardo y salinoso.

Nicasio bajó los brazos viendo la incomprensión del  
animal y algunas lágrimas asomaron en sus ojos, nu-  
blándole la vista, mientras en su mente todavía borbo-  
taba, como en un sueño, aquel angustioso ¡hermano. . .  
hermano!

Los sollozos le doblaron el cuerpo y, más o menos  
ahí mismo donde estuviera momentos antes el caballo,  
cayó lleno de llanto desesperado, dejando surgir todo  
el caudal de su angustia contenida. El olor a savia y  
a vegetales trillados, le enervó la mente en una dulce  
laxitud, como si el contacto de las plantas le produjera  
un desconocido bienestar. Y pasados los sollozos ex-  
clamó con una voz semi-articulada, interrogante:

—¿Señor, por qué no lo habría pensado antes?

—¿Señor, por qué no lo habría pensado antes?

Muchísimas veces repitió lo mismo, hasta que el cansancio le detuvo las palabras.

Un jote, otro habitante solitario de la pampa, iba rayando de negro la azulosidad del cielo.